

» puso Leon VI, que murió el 20 de enero de 929. » La rápida sucesión de los papas de esta época y las violencias de las facciones han hecho sospechar más de una vez si los partidos emplearían el veneno para librarse de un papa hostil. De todo era capaz el siglo x; [pero son necesarias otras pruebas más sólidas que simples sospechas].

§ VIII. PONTIFICADO DE ESTÉBAN VIII (1.º de febrero de 929-12 de marzo de 931).

22. Estéban VIII proclamado papa en 1.º de febrero del año 929, vivió en medio de las facciones que se disputaban la influencia en Roma. Su pontificado de dos años no ha dejado huella alguna en la historia. Se alaban la mansedumbre y piedad que caracterizaban á Estéban VIII; pero su vida pública ha quedado desconocida, sofocada sin duda por las intrigas y cabalas de los partidos [que jugaban, por decirlo así, á poner y quitar papas].

23. Pero el ánimo contristado se aparta de estos aflictivos espectáculos para descansar su vista en otros más halagüeños. [La España era la sola cristiandad y nación política que daba consuelos inefables á la Iglesia, y garantías sociales al porvenir. Los reyes se sucedían y transmitían, padres á hijos, la fe, el patriotismo y valor guerrero. Las victorias en rasa campaña y las conquistas de puntos esenciales, se contaban por los años, y cada uno veía aumentarse el dominio temporal de los reyes católicos y circunscribirse el poder mahometano. La Iglesia se iba reparando de sus quebrantos, y aun entre los infieles se conservaba la disciplina y moral cristiana con la pureza que podían permitir circunstancias tan críticas.] Sigismundo, obispo de Alberstadt, se distinguía entonces por su piedad y talentos. [Enrique el Pajarero, casado con Rateburga, empeñada antes con votos sagrados, á instancias de Sigismundo rompió dicho matrimonio nulo y casó legítimamente con la princesa Matilde de la ilustre alcurnia de Witikind.]

24. La Iglesia de España, aunque perseguida por los Moros, tenía muchos obispos cuyas virtudes y celo ilustrado honra-

ban su sagrado carácter. Se hace en la historia mención, sobre todos los demás, de Sisenando de Compostela y de Genadio de Astorga. Vivían en tiempo del rey don Ordoño II. La fama de Sisenando llegó hasta Roma, y el papa Juan X, enviando un legado en peregrinación al sepulcro de Santiago de Compostela, había escrito al santo obispo encomendándose en sus oraciones para con el santo apóstol. Sisenando respondió al papa en una carta que remitió con un sacerdote de Compostela, el cual fué portador de otra del rey don Ordoño y de magníficos presentes. Este diputado de un santo obispo y de un rey celoso por la religión fué recibido pomposamente en Roma. Durante un año que allí permaneció tuvo muchas conferencias con los Romanos sobre el rito usado en España, y llamado *Liturgia mozarábica*. De vuelta á Galicia, dió cuenta á su obispo de lo que había visto y sabido en Roma. Se habían examinado en esta capital sin ninguna preocupación los diferentes puntos de esta liturgia, y se la reconoció conforme á la doctrina católica. No se juzgó pues á propósito en Roma cambiar usos respetables por su antigüedad, y solo se convino en conformarse literalmente con el rito romano en las palabras de la consagración.

25. San Genadio había pasado al obispado de Astorga desde la abadía del Vierzo, ó San Pedro de los Montes, donde con el sudor de su rostro había desmontado selvas y campiñas erizadas de zarzales y árboles salvajes. Elevado al obispado, se aplicó á levantar de sus ruinas los monasterios de su provincia destruidos por los Sarracenos. Hizo reflorar en ellos la disciplina y los estudios de las ciencias eclesiásticas. Como en aquel tiempo eran muy raros los libros por haber quemado los Moros los antiguos é imposibilidad de escribir nuevos en tiempos de tanta turbación, Genadio para suplir á esta falta hizo que se prestasen las comunidades los pocos volúmenes que poseían. A esta circunstancia debemos el saber el catálogo de una biblioteca conventual del siglo x. El detalle es muy corto: 1.º un Salterio, ó *Vademecum*; 2.º un *Antifonario*; 3.º un *Manual de oraciones*; 4.º un *Manual de Pasiones*,

ó Martirologio. Estos cuatro libros eran el fondo comun é indispensable de la biblioteca de cada iglesia. Los libros que se prestaban eran: 1.º la *Biblioteca*, esto es, la Biblia entera; 2.º *Comentarios sobre los libros de Job*, el *Pentateuco* y *Ruth*, en un solo volúmen; 3.º *Las Vidas de los Padres*; 4.º un libro de *Comentarios sobre Ezequiel*; 5.º los *Libros de la Trinidad*, probablemente de san Agustín; 6.º las *Epístolas de san Jerónimo*; 7.º el *Libro de las Reglas*, que parece ser la coleccion de san Benito de Aniano.

§ IX. PONTIFICADO DE JUAN XI (20 de marzo de 931-5 de febrero de 936).

26. Juan XI, hijo segundo de la sobrada famosa Marozia y Guido, duque de Espoleto, debió á las intrigas de su madre ser promovido al pontificado supremo el 20 de marzo de 931. Solo tenia veinticinco años, edad poco conveniente al padre comun de los fieles. Su hermano uterino Alberico se apoderó de toda la autoridad en Roma; y tuvo bajo su dependencia al jóven y desventurado papa. Por temor de que se escapase, le guardó cautivo tres años en el castillo de San Angelo.

Durante su arresto le hizo firmar la confirmacion del poder patriarcal de Constantinopla, conferido por el emperador romano Lecapeno á Teofilacto, su hijo, de edad de diez y seis años, en 933. Fueron enviados á Roma diputados para lograr la competente autorizacion para una ordenacion tan extraña. A su llegada, Juan XI guardado á vista por Alberico, su hermano, cedió á la violencia y firmó lo que se quiso hacerle firmar.

27. [En esta época todo era confusion y en todas partes. No se tenia respeto á nada, ni aun á lo mas respetable. Hugo, el Príncipe francés, dió al ya arzobispo de Arles los obispados de Verona, Mantua y Trento. El conde de Vermandois puso en la silla de Reims á su hijo Hugo, de cinco años. Por do quiera se veian escenas escandalosas en materia de usurpacion. En ninguna época ha brillado mas la accion de la Providencia sobre su Iglesia, cuando dijo á Pedro y á sus Apóstoles

*que enseñasen, y que estaria con ellos hasta la consumacion de los siglos*; se vió cumplida su accion divina en esta desgraciadísima época, al ver que la fe era vivísima, y que no se puede citar ni un decreto ni un acto conciliar ó pontifical contrario á la fe, á las costumbres ó á la disciplina general.] — Juan XI, víctima de la ambicion de sus parientes, murió en su cautiverio el 5 de febrero de 936.

28. Mientras que el desórden subia á su colmo en las regiones superiores de la jerarquía eclesiástica, se preparaba en el seno de los monasterios una obra de santa regeneracion. El grano de trigo echado en tierra tiene necesidad, para crecer y fecundizar, de los rigores y hielos del invierno; la rica miés de grandeza, virtudes y santidad que el siglo XIII habia de dar á la Iglesia, tenia escondido su gérmen en las tinieblas y en la noche del X. San Benon, arzobispo de Metz, abandonó los honores del obispado para retirarse á una celdita pobre, santificada cuarenta años antes por el santo ermitaño Meginrado. Aceptó esta herencia eremítica del desierto y fué el fundador del célebre monasterio de Einsiedlen, tan conocido bajo el nombre de Nuestra Señora de los Ermitaños. San Adalberon, de la casa real de Lorena, sucedió á san Benon en el obispado de Metz: se mostró muy celoso por la reforma monástica y acogió en su diócesis á los santos abades Einoldo y Juan de Vandieres, que hicieron reflorar la disciplina y la piedad en el convento de Gorze. Llamó á san Kadroé, monje irlandés, para reformar el monasterio de San Clemente en la dicha ciudad de Metz. San Gauzelino, obispo de Toul, introdujo la primitiva regla de san Benito en el monasterio de San Evro. Guillermo, duque de Normandía, levantaba de sus ruinas la abadía de Jumieges, donde ejercitaba humildemente los actos de religion: vivió santamente, pero fué asesinado en 943 antes de ser monje como lo deseaba. Pero el restaurador del órden monástico mas afamado en la posteridad fué san Odon, abad de Cluny. Habia sucedido á san Benon, fundador de la dicha abadía, en 927. Todo refloró bajo su direccion: santidad, ciencia, disciplina, caridad y virtudes cristianas. San

Odon insistía principalmente en el silencio. « El silencio, decía, es padre de los santos pensamientos y de las cosas grandes. Donde hay silencio habitan paz y caridad. » Odon compuso varias reglas que fueron el origen de la congregación conocida bajo el nombre de orden de Cluny. Los príncipes y señores ponían los monasterios de sus Estados bajo la dirección y dependencia del de Cluny, para que san Odon restableciese la disciplina. La reforma se extendió por toda la Francia y aun Italia. Así se refugiaba á los monasterios la esperanza de la fe y civilización.

§ X. PONTIFICADO DE LEON VII (14 de febrero de 936-23 de agosto de 939).

29. Leon VII<sup>(1)</sup> se mostró digno de la Silla de san Pedro á que fué promovido. Costó mucho hacerle aceptar este supremo cargo, y aun después de papa continuó su vida de retiro, oración, estudio y meditación. Grande en sus intenciones, cuerdo en sus resoluciones y actos, se concilió todos los ánimos, siendo además de lenguaje festivo, ameno y gracioso. Así nos lo pinta Flodoardo, su familiar amigo.

En este pontificado, Gerardo, arzobispo de Lorck (obispado trasladado luego á Salzburgo), fué á Roma por consultar con el soberano pontífice sobre muchos artículos, ya en nombre propio, ya en el de los obispos de Francia y Alemania. Se ve, por la respuesta dirigida á los obispos de la Galia y Germania, las preguntas que se le hacían. Los agoreros, hechiceros y brujos debían ser exhortados á la penitencia: que los obispos sigan la costumbre de la Iglesia romana y digan *Pax vobis* las fiestas y domingos en que hay *Gloria in excelsis*; los hijos de los sacerdotes casados contra los cánones no deben ser responsables del sacrilegio de sus padres. Aun no se habían fijado entonces las condiciones de admisión á las órdenes sagradas.

30. Antes de 938 dió Leon VII un paso digno de su soli-

(1) Algunos le nombran Leon VI, pues no reconocen legítimo al sucesor de Juan X. Esta opinión está abandonada hoy: aunque nada conste de las actas de su pontificado, nada hay que obste á que entró legítimamente.

cidad paternal. Alberico, dueño aun de Roma, estaba en abierta hostilidad con Hugo, su suegro, rey de la Provenza y de Italia. Leon VII, que conocía el mérito y ascendiente de san Odon, abad de Cluny, le mandó venir á Roma para reconciliarlos. El santo obró el doble prodigio de despertar los sentimientos de la naturaleza, sofocados en el corazón de ambos príncipes, y de alcanzar de Alberico el perdón de Hugo, quien lo afrentó dándole públicamente un bofetón. — En el momento en que el sentimiento religioso parecía dominar á un príncipe del siglo X, el genio medio bárbaro se escapaba desgraciadamente de vez en cuando por algún resquicio. Leon VII murió el 23 de agosto de 939.

§ XI. PONTIFICADO DE ESTÉBAN IX (4.º de setiembre de 939-15 de enero de 943).

31. El pontificado de Estéban IX<sup>(1)</sup>, elevado á la Silla de san Pedro en 1.º de setiembre de 939, se halló casi todo ocupado en apaciguar ciertas reyertas en el arzobispado de Reims. El debate fué en su origen político. A la muerte de Carlos el Simple, detenido en el castillo de Perona, año 930, se había dado el trono de Francia al usurpador Rauldo. Sin embargo la reina Orgina, ocultando á las pesquisas del rebelde el último vástago de la línea de Carlomagno, había llevado consigo á Inglaterra al hijo, aun joven, de Carlos el Simple. A la muerte de Rauldo, en 936, los señores francos se acordaron del real emigrado. Herberto, duque de Vermandois, cuya rebelión había causado la muerte á su padre, no podía ver con buenos ojos la restauración del hijo: y así trabajó con toda su influencia para combatir á los partidarios de Luis de Ultramar, nombre del hijo de Carlos el Simple. Con este objeto vino en 940 á sitiar á Reims, cuyo arzobispo Ar-

(1) Baronio, Fleury, [Pedro Mexia, Illescas y varios otros] dicen que le hicieron al papa Estéban la afrenta de darle una cuchillada en la cara que le desfiguró y afeó de tal modo, que no osaba salir al público: se atribuye por unos este sacrilegio á que era Aleman, y que los Romanos le cometieron en odio de su nación. [Mexia é Illescas lo atribuyen á la ferocidad de los señores de entonces, que eran indómitos, sin sujetarse ni á Dios, ni á ley, ni á rey.]

toldo era uno de los mas firmes apoyos de la legitimidad. Despues de seis asaltos, Reims abrió sus puertas, y Artoldo se vió forzado á abdicar y encerrarse en un monasterio. En el año siguiente 941, el duque de Vermandois mandó juntar á los obispos de la provincia, y á pesar de la apelacion al papa, hecha por Artoldo, la silla de Reims fué dada á Hugo, hijo del duque Herberto, jóven de unos veinte años; época triste y lamentable en que tales monstruosidades se cometian! El papa se vió obligado á ceder á las circunstancias para no exponer la iglesia de Reims á las mas crueles extremidades. Estéban IX envió pues el palio al jóven prelado; pero se aprovechó de esta ocasion para poner como condicion expresa al duque de Vermandois el reconocer la legitimidad de Luis de Ultramar. Por lo demás, Hugo se mostró digno de su precoz elevacion, y la historia no le reprende ni aun de faltas muy comunes entonces entre los prelados. — Estéban murió el 15 de enero de 943.

§ XII. PONTIFICADO DE MARINO II (22 de enero de 943-4 de agosto de 946).

32. Marino II fué elegido para suceder á Estéban VII. En medio de la esterilidad lastimosa de la Iglesia en esta época, la Germania ofrecia el espectáculo de un gobierno cuerdo y religioso bajo reyes dignos del trono. Enrique el Pajarero habia reinado con gloria; tuvo por sucesor á Oton el Grande, que fué consagrado en 937 por Hilberto, arzobispo de Maguncia. « Recibid la espada, le dijo el prelado al ceñírsela, para » rechazar á todos los enemigos de Jesucristo, Bárbaros, ó » malos cristianos, pues que Dios os da, con el trono de los » Francos, la mision de proteger á toda la cristiandad. » Oton el Grande se acordó toda su vida de estas palabras y su reinado fué su continua aplicacion. Boleslao, rey pagano de los Esclavones ó Eslavos fijados en Bohemia, acababa de sacudir el yugo de Alemania y la dependencia de Oton. Cruel perseguidor del nombre cristiano, habia hecho morir al santo rey Venceslao, su hermano, para apoderarse de sus Estados. Se

empeñó pues una guerra de catorce años entre Oton y Boleslao. El resultado fué la sumision de los Eslavos, que prometieron abrazar la religion cristiana y ser fieles á los soberanos de Alemania. Se fundaron iglesias y monasterios en Bohemia, y estos pueblos entraron de lleno en la civilizacion. Las armas de Oton el Grande se dirigieron luego contra los Dinamarqueses, y su rey Haroldo se vió obligado á pedir la paz. Le fué ofrecida, pero á condicion de abrazar la fe cristiana Haroldo estaba vacilante; y el sacerdote Poppon sostenia en su presencia la divinidad de Cristo, y le dijo: « ¿Queréis » dar en vuestra persona la *prueba* de vuestra creencia? » Ya hemos dicho que estaba en las costumbres de la época esta especie de *juicios de Dios*. Se hizo ascua á un hierro que Poppon tomó en sus manos, y lo llevó cuanto tiempo quiso Haroldo, sin recibir la menor lesion. La prueba era convincente, y el rey mandó inmediatamente romper los idolos y adorar á Jesucristo. La Jutlandia ó Dinamarca fué dividida entonces en tres obispados, que dependian de Hamburgo por disposicion del papa. San Adaldago, arzobispo de Hamburgo, en virtud de sus nuevos poderes, erigió las tres iglesias episcopales de Sleswig, Rippen y Arhus, á quienes sometió las cristiandades ya fundadas al otro lado del mar Báltico, en la Finlandia, Zelanda y Suecia. Despues de estas erecciones el cristianismo hizo rápidos progresos en todo el Norte.

33. Despues de la muerte de Leon el Filósofo, el imperio de Oriente habia pasado, como antes, por una serie de revoluciones é intrigas, gracias al sistema de eleccion que entregaba el poder á los ambiciosos atrevidos. Constantino VII Porfirogeneta, hijo de Leon, era todavía sobrado jóven para tomar el mando, y se dió la regencia á su tío Alejandro, hombre muy inmoral y que acabó su vergonzosa vida en 912. La emperatriz Zoé, mujer sin pudor ni talentos, logró hacerse nombrar tutora de su hijo. El almirante *Romano Lecapeno* tuvo maña de captar su favor, y se sirvió de este como de escala para subir al trono. Cuando se creyó poderoso, hizo encerrar á la emperatriz en un monasterio, donde murió desesperada. Para con-